

## Tenerife

Francisca Robledo Málaga, 81 años

Chloe García Poole, 18 años

### TODO UN MUNDO PARA UNA SOLA MUJER

Salió de su Salamanca natal con 26 años, sin pensar un instante en los secretos y sorpresas que el destino tenía preparado para ella. Sin poder trabajar ni disfrutar de su noviazgo, decide echar a volar a un país lejano que en aquel entonces prometía esperanza y felicidad. Compró su billete en la agencia de viajes, convencida en un primer momento de que lo ideal sería Colombia, pero en la agencia la persuadieron para que cambiara de lugar, y optara por el país de la riqueza, prosperidad y buena fortuna: Venezuela.

El viaje tuvo lugar en un barco de turistas a todo lujo. Paquita llevaba su chorizo y queso casero debajo del brazo tras ser advertida de que la comida no iba a ser muy buena. Los viajeros dejaban sus alimentos en un montón a la entrada del barco, y un señor alto, de raza negra, miraba con desagrado comentando en voz alta: “¡Esto está contaminado!”. Paquita nunca había visto un negro y lo miraba con detenimiento, hasta que se levantó, recogió sus embutidos y los arrojó al mar. “¿Qué haces?”, le dijo el señor extrañado. “¿No decía que le molestaba?, pues así está usted en paz” le contestó. Todos los allí presentes quedaron asombrados por la entereza de Paquita, admirándola por haber dicho lo que todos estaban pensando.

El viaje duró nueve días, en los que hizo amistades de las que nunca se olvidan, y no se olvidan tanto por hermosas como por traicioneras. Mari Luz era una joven de piel oscura que venía de estudiar en Londres e iba de regreso a la isla de Trinidad. La piel de su rostro estaba marcada por cicatrices que recorrían surcos profundos en ambos cachetes, y pronto averiguaría Paquita a que se debían. Mari Luz sufría una fuerte discriminación en Inglaterra, y allí conoció a un médico que le prometió aclarar su piel para librarle de sus males. Esto no ocurrió así, y el remedio fue peor que la enfermedad. Esta muchacha era de buena fortuna y le ofreció alojamiento a Paquita sin pedir nada a cambio. Ella no podía aceptar, y aunque habían entablado una hermosa amistad, pensaba en la carga innecesaria que sería.

Por fin llegó a Venezuela, y acompañada por otra pareja con la que había congeniado, se dirigieron a una pensión. Después de la maravilla de barco en el que había viajado, se encontró con un edificio de cemento de paredes de piedra cartón. La cola para ir al baño era interminable, y su mundo se le vino abajo tras observar el panorama que tenía frente a sus ojos. Pronto encontró un señor que le hacía el favor de cambiarle los papeles de turista a transeúnte por 50 dólares. Ella llevaba 300, una cantidad nada despreciable y menos en aquella época. Al volver a su habitación no encontró nada, ni dinero, ni maletas... todas sus pertenencias habían sido robadas por aquella pareja que había parecido ser un buen apoyo durante el trayecto desde España. Paquita no podía creer lo que estaba sucediendo y se hundió en sentimientos de tristeza y penuria. Miró sus manos y contempló un anillo de brillante que llevaba puesto, no quedándole más remedio que empeñarlo. Aquí empieza la historia de Francisca Robledo, una historia que no merece ser escrita en tan pocas palabras.

Paquita siguió en contacto con Mari Luz, mandándose cartas periódicamente. Al poco tiempo llegó la trágica noticia de que estaba muy enferma, producto de un cáncer de piel causado por aquél señor que presumía de ser médico. “¡Ay San Pedro! —exclamaba Paquita— ¡Cuál hubiera sido mi suerte allá en su casa!”.

Poco a poco se fue ganando la vida, trabajando en una alfarería de italianos y posteriormente como encargada haciendo comidas para una residencia, todo el día metida en fogones, apenas sin poder respirar. Un buen día conoció a un canario, concretamente de la isla de El Hierro, que se convirtió en su marido y con el que pasaría las experiencias más maravillosas de su vida. Pepe era músico, pero no un músico cualquiera, tocaba cualquier objeto que produjera melodía, viajando por toda Latinoamérica enseñando su arte. Paquita viajó junto a él en dos ocasiones en crucero, además de las visitas anuales que hacían a la Península o a Canarias. Y es que Paquita llegó a cobrar bastante bien, y como comenta con orgullo: dinero que ganaba, dinero que

gastaba. Esta filosofía de la vida, junto a las numerosas aventuras por muchos países, ha hecho que posea una mente abierta, sin prejuicios y poco característica de cualquier señora que hoy día tenga 81 años.

De este matrimonio nacieron dos hijos, un niño y una niña; un arquitecto y una periodista. El varón, casado con una española, tuvo el primer nieto de Paquita: Tomás. Como era de esperar, Tomás creció en un ambiente familiar muy cálido, y con 15 años cuidaba de su abuela con un afecto nada típico de un chico en plena adolescencia. Tomás nunca llegó a conocer a su abuelo ya que éste murió en 1985 a causa de un tumor pulmonar. Pepe fumaba mucho, y tras una operación se le comunicó a su familia que le quedaban dos meses de vida. Paquita decidió no decírselo, y finalmente falleció año y medio más tarde, disfrutando hasta el último momento. Un tiempo después, la hija de Paquita decide trasladarse a trabajar en Canarias, y es aquí donde reside desde hace ya cinco años, en la dulce tierra de su difunto marido.

Ahora pasa los días cuidando de su segundo nieto, Alejandro, nacido en Tenerife hace cuatro años. Realiza un sin fin de tareas artísticas y además está escribiendo un libro, una biografía que, con las pocas anécdotas que me ha contado, ya me obliga a comprar, y que sin duda será una de las lecturas más asombrosas y que mejor ilustren la cruda realidad que supone el vivir.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Paquita, ¿Qué es lo importante en la vida? “La unión de la familia sustenta la felicidad. Las experiencias, creencias, actitudes y conocimientos se transmiten de generación en generación y quedan reflejados en hijos e incluso nietos”. Paquita cree firmemente en esto, y solamente hay que dejarse envolver por las anécdotas familiares para observar la dedicación, humildad, e inteligencia de cada uno de los miembros de la familia, a los que parece unir un hilo invisible de armonía.

El amor que siente el nieto de Paquita por la música hace que cada vez que ella lo observa inevitablemente recuerde a su marido. Pepe fue músico y tocó desde el piano hasta el violín durante toda su vida, una dedicación que parece haber heredado Alejandro y que muestra con tan solo cuatro añitos. Son estos pequeños detalles familiares por los que merece la pena vivir, y sin lugar a dudas, todos los recuerdos, ilusiones y planes de futuro que ocupan la fascinante mente de Paquita están relacionados con aquello a lo que a veces restamos importancia y que, al fin y al cabo, supone lo que somos: la familia.